



ACADEMIA NACIONAL
DE LETRAS

Letras congeladas.

(Nota en diario La República, Montevideo, 22/12/2014)

Por Pablo Dobrinin

Ricardo Pallares (Montevideo, 1941), docente y miembro de la Academia Nacional de Letras, es autor de libros de ensayo y de los poemarios *El lugar del vuelo* (Caballo Perdido, 2002), *Razón de olvido* (La Gotera, Hermes Criollo, 2004), *Ceniza del mar* (CoRelato, 2007), *Amante geología* (Botella al mar, 2010) y *Las cajas del instrumento* (Yaugurú, 2013). *Antárticos* (Yaugurú, 2014) es su más reciente trabajo. Como era de esperarse, estos poemas no refieren a la Antártida como espacio físico sino que aluden a ella en un sentido simbólico. Así como Jorge Arbeleche, por dar un ejemplo, se refería en una serie de poesías a un África metafísica, Pallares hace lo propio con la Antártida. En la poética de este veterano poeta, el continente helado se erige como el espacio y refugio del pensamiento. Las vastas extensiones congeladas hablan de eternidad y, por lo tanto, de espíritu. Allí donde “es sola la soledad del mundo” (P. Neruda) es posible encontrarse con “una verdad que es pura / silenciosa verdad significada”. Pero a no engañarse, no es el mundo perfecto, es la realidad amplificada, más visible y despojada de detalles irrelevantes: “la paz aquí es incierta / siempre con territorios / que a veces desmoronan fragmentados”.

La Antártida de Pallares es además un territorio en el límite, porque está cerca de la muerte. De hecho, estos versos me hacen pensar en esa serie de imágenes que los que están a punto de morir reviven en el último instante: “cuando se acerque a tierras fracturadas / los instantes pasarán desbocados / coo yeguas blancas perdiendo leche”. El blanco es el color del alumbramiento y de la nada. En esa ambivalencia de los símbolos está la comprensión última del hombre. El hielo, al decir de Juan Eduardo Cirlot, ha sido definido como “el estrato rígido que separa la conciencia del Inconsciente”. Esto explicaría el carácter de limbo que guarda en su “pizarra ilegible” todas las posibilidades. Y en este sentido se asemeja mucho a la poesía. Tal vez por eso los dos últimos poemas están dedicados a la palabra. El último es un homenaje a los poetas: “continente albayalde / mar de Pablo con hielos de Vicente / agrios algoritmos de Jorge Luis / clepsidra oculta que entrevió Julio / y los anticristales Nicanor”. Es el territorio del misterio y también de la locura que sabe parir verdades: “territorio andante que no se ve / esclavo de sus témpanos / amo de sus silencios / mostrará algún día parte y verdad / arde su sombra zafiro y esmeralda / de andante territorio caballero”.

La Antártida de Pallares es, en suma, el espacio del conocimiento. Y, con toda honestidad, me ha parecido una excelente elección, ya que, hablando en términos de eternidad, el hielo es la certeza del fuego.

Sin mayores piruetas lingüísticas (lo que es de agradecer) y con un buen ritmo y un apropiado uso de imágenes plásticas y estimulantes, el poeta ha logrado un trabajo muy destacado. Redondean el libro un posfacio de la entrañable Selva Casal e inspiradas ilustraciones de Raquel Barboza.

Bajo otra luz.

Alfredo Fressia (Montevideo, 1948) ha publicado ensayos y poemarios. Entre los últimos se cuentan *Un esqueleto azul y otra agonía* (Banda Oriental, 1973), *Clave final* (Ediciones del Mirador, 1982), *Noticias extranjeras* (Ediciones del Mirador, 1984), *Destino: rua Aurora* (edición de autor, San Pablo, 1986; Lumme Editor, San Pablo, 2012), *Cuarenta poemas* (Uno, 1989), *Frontera móvil* (Aymara, 1997, premio del Ministerio de Educación y Cultura), *Veloz eternidad* (Vintén Editor, 1999, premio del MEC), *Eclipse. Cierta poesía 1973-2003* (Civiles iletrados, 2003), *Poeta en el Edén* (La Cibra, Ciudad de México, 2012), *El futuro*. Plaquette com desenhos de Francisco dos Santos (Lumme Editor, San Pablo, 2012), *Homo poemas* (Trópico Sur, 2012), *Poeta en el Edén* (Civiles iletrados, 2012), *40 años de poesía* (Lo Que Vendrá, 2013), *Eclipse* (Melón editora, 2013), y *Clandestín* (L'Harmattan, París, 2013).



ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

Esta nueva edición de *Eclipse* viene a confirmar la vigencia de una obra que, por su calidad y carácter universalista, parece destinada a un continuo regreso.

De un modo similar a lo que acontecía con el poemario de Pallares, este trabajo también establece un espacio metafísico. Sin embargo, los procedimientos son distintos. Pallares toma un lugar físico, real, la Antártida, y lo interpreta desde un punto de vista metafórico; en Fressia, el espacio ordinario es trastocado por el eclipse. Esto permite que el mundo sea visto bajo una nueva luz y que nos enfrentemos a la verdad, aunque esta se relacione con la muerte o el destino. El eclipse es especialmente útil a la poesía, el arte y el espíritu, ya que su carácter cíclico crea la ilusión de situarse (al igual que el mito) *in illo tempore*. En el universo que instaura el poeta, lo que sucede bajo el eclipse sucede para siempre. Los poemas hablan de Heródoto, Jerjes, los persas, Plinio el viejo, Nicias, Tebas, y también de nuestra ciudad: “Eclipse de Tebas, ¿vuelves otra vez del breve exilio / para apagar el sol de Montevideo? ¿Traes tú / el anuncio de otra guerra, la ruina / de nuestras cosechas, alguna innombrable tempestad / de nieve / donde se oculte el temblor de los tiranos / o un desbordamiento / del mar que vendrá a vaciarse península adentro?” En este poemario, como se aprecia, la erudición juega un papel importante, pero es preciso hacer notar que eso no dificulta la comprensión última de un libro donde los episodios históricos revisten un carácter ejemplar. Por otra parte, además, algún anacronismo voluntario, como veíamos, se encarga de subrayar que el centro de esta poesía excede lo anecdótico.

El eclipse tiene el poder de transfigurar la realidad. El yo poético se despoja de lo terrenal para descubrir su primigenia naturaleza cósmica. En el poema homónimo que abre el libro, el autor se refiere a sí mismo como “Fressia irremediable”, subrayando el carácter trágico del destino, y se ubica en un más allá del tiempo. Se desdobra y se habla así mismo: “...eran las últimas sombras del eclipse, mientras / el sistro, Fressia, / te seguirá esperando rajado entre las manos”.

Estos poemas tienen, más allá de las referencias, un lenguaje claro, preciso y, al decir de Álvaro Ojeda en el posfacio, son “apaisados, de largo aliento”, “para leer como una voz amiga que los dicte directamente al corazón”.

Al igual que la Antártida de Pallares, el eclipse determina también un espacio de conocimiento, el momento en el que la razón cede ante la verdad. Sin embargo, y aquí radica lo terrible y lo hermosos de estas dos obras, se siente que lo que debería ser una explicación es un misterio. La solución es el propio enigma. Las “fotos del eclipse” son “imágenes mal reveladas”, y la Antártida, ya lo dijimos, es una “pizarra ilegible”. El espacio blanco de Pallares y el negro de Fressia se tocan como el cielo y la tierra en el horizonte. Afectuosamente, recomiendo estas obras de dos grandes de la poesía nacional.